

EDUCACION DE LA VOLUNTAD

Por la Madre LUCIA MAYA BERNAL

I - A la luz de la verdad

Las discusiones filosóficas relativas al entendimiento y a la voluntad, tienen un valor innegable. Muchos son los errores cometidos por exageración en la apreciación de cada una de las dos tendencias; pero una vez más se cumple aquello de que, de la discusión sale la luz, aunque por desgracia es un hecho que, salida a la luz por medio del entendimiento clarísimo de Santo Tomás, muchos llamados filósofos no han querido aceptarla; bien podría decirse en este caso la palabra de San Juan: "Apareció un hombre enviado de parte de Dios; éste vino como testigo para dar testimonio de la luz..." (1). En cuanto a nosotros, no nos queda duda: el objeto del entendimiento es lo **verdadero**; el objeto de la voluntad, lo **bueno**. Siendo dos objetos distintos, son motivo de diferentes actividades, y por lo tanto de dos potencias distintas de la misma alma. "La voluntad no conoce, es ciega; el entendimiento no apetece. De donde, la reducción de conocimiento a voluntad, o de ésta a aquél es imposible. Y no sólo eso sino que "conocer y querer implica, incluso, una oposición formal: **interiorización-exteriorización**" (2).

Debemos distinguir una de otra las dos potencias; incluso, debemos distinguir sus operaciones, pero sin olvidar que son de una misma alma, para la perfección de la cual han de estar en armonía. Cuando distinguimos el entendimiento y la voluntad no queremos separarlos. Para la virtud no basta ni el recto saber solo, como Sócrates afirmaba, ni la voluntad sola, sino que se requiere la conveniente dispo-

1) — San Juan, I, de los versos 6 y 7. - Sagrada Biblia, Bover Cantera. - Editorial Católica S. A. - Madrid. Edición Segunda. 1951.

2) — "La Esencia del Tomismo". Dr. P. G. M. Manser. O. M. Bolaños y Aguilar. Madrid. 1947. Pág. 213.

sición del entendimiento y de la voluntad (3). A ésta le toca elegir, pero sólo puede hacerlo cuando el entendimiento le presenta los diversos aspectos. Igualmente se expresa San Juan de la Cruz: "Todo lo que la voluntad puede gustar y apetecer distintamente es en cuanto lo conoce por tal o cual objeto" (4).

Santo Tomás considera la acción libre como fruto del entendimiento y de la voluntad. De aquí su célebre principio: "Liberum arbitrium dicitur esse facultas voluntatis et rationis" (5). Siendo realmente diversas las dos potencias, ¿cómo puede darse armonía entre ellas? Manser va a contestarnos con su doctrina tomística: dicha armonía "sólo es posible por medio de la **subordinación** y la **supraordenación**" (6); sólo es posible si el entendimiento y la voluntad poseen primacía cada uno según su propia **naturaleza** y **peculiaridad**; primacía en su propio campo; entonces cada uno obedecerá en el campo del otro, en tanto que reinará en el propio; esta distinción dada por Santo Tomás, otorga al entendimiento una primacía que salva la **ciencia**. Otorga otra primacía a la voluntad, y ésta salva la **libertad**" (7).

II - En la moral. . .

El entendimiento sirve de guía, porque la moral, según Santo Tomás, es metafísica en cuanto a los principios de la Sagrada Teología, que son artículos de fe; el aceptarlos depende de la voluntad movida por la gracia; la Teología busca en ellos la **prima veritas** reveladora, que en virtud de su **actus purus** es veraz por necesidad interna en grado sumo. El influjo de la voluntad se ejerce en el orden de las acciones morales concretas y singulares. La primacía de la voluntad viene a ser aquí de trascendental importancia, puesto que el creer es acto de la libre voluntad. En el acto de fe, la voluntad es movida por la gracia y el entendimiento movido por la voluntad; y como sobre la fe descansa toda la vida sobrenatural, la voluntad es aquí reina, aunque queda siempre en pie esta verdad: que "más allá, cuando la fe se convierte en contemplación, la esperanza se ve colmada y el amor sigue la posesión contemplativa de la dicha por el entendimiento, el entendimiento recupera los derechos natos de la soberanía" (8).

Acorde con Santo Tomás está Tanquerey cuando dice que "nos fue dado el entendimiento para conocer la verdad, y, sobre todo,

3) — Manser. O. C. - Pág. 214.

4) — Obras de San Juan de la Cruz. - Apostolado de la Prensa S. A. - Madrid. Edición 6. - 1954. - Carta 3. Pág. 853.

5) — I, 83, 2 ad. 2; Verit. 24. 6 ad. 1. Ib. 24, 1.

6) — Manser. O. C. Pág. 216.

7) — Manser. O. C. Pág. 216.

8) — Manser. O. C. Págs. 227 y 228.

a Dios y a las cosas de Dios" (9); y que "la voluntad es en el hombre la potencia dominadora, la reina de todas las otras potencias y facultades y la que gobierna; la que, por ser libre, comunica no solo a sus actos libres (o ilícitos), sino también a los actos de las demás potencias que ordena (actos imperados), la libertad, el mérito y el demérito" (10).

III - En la práctica

Si descendemos a un campo más práctico, por poco observadores que seamos, nos daremos cuenta de la diferencia enorme que hay entre el número de los que conocen la verdad y el número de los que viven de acuerdo con sus normas. Reducido es el grupo de los que vivimos al lado de la luz, y estos pocos tenemos que confesar que nuestra voluntad ni es fuerte, ni es dócil en la medida que lo necesitamos. Fuerte para dominar las potencias inferiores y dócil para obedecer a Dios; dos cualidades difíciles de conseguir pero alcanzables mediante una prudente educación, discreta y firme. Esta educación tan necesaria la ha de recibir el hombre desde su más tierna infancia. Y mientras más pronto comience mejores resultados se podrán esperar. Es verdad que la voluntad, como el carácter, se forma, se reforma, se transforma, bajo la acción de la gracia (11), pero no es menos cierto que sin ella se deforma, pues ni se conforma con la voluntad divina ni se uniforma con la de los hombres sensatos y rectos.

Cada uno de estos cambios que acabo de enumerar, posibles en la voluntad, nos da tema, no solamente para una tesis sino para volúmenes enteros; como la extensión de este trabajo no debe ampliarse demasiado, veremos apenas algunos puntos interesantes.

El alma humana posee todas sus potencias desde el momento en que sale de las manos creadoras de Dios, pues "las potencias del alma emanan de su esencia" (12), pero se van desarrollando según su objeto, "vegetativo, sensitivo, locomóvil, intelectivo y volitivo". Así lo reconocieron Aristóteles y Santo Tomás (13).

IV - Desarrollo de la voluntad

En cuanto al "desarrollo formal de la voluntad dice Grasal: al fin del segundo año se observa en el niño querer-hacer-solo trabajos que exigen esfuerzo o paciencia; domina el impulso del saber, del movimiento, de estructuración, de imitación y de poder; entre 7-8 apare-

9) — Compendio de Teología, Ascética y Mística. O. C. Pág. 528.

10) — Compendio de Teología, Ascética y Mística. O. C. Pág. 531.

11) — Santidad y Buena Voluntad. - P. Marcial Lekeux O. F. M. - Editorial "La Cruz", Méjico. - Edición Segunda. - 1949. Pág. 40.

12) — Suma Teológica. O. C. q. 77, a. 6. Pág. 621.

13) — Suma Teológica. O. C. - q. 77. a. 2. Pág. 617.

ce una conversión de lo que hasta ahora era querer sin finalidad, puro juego, hacia una concepción objetiva; que uno existe para trabajar, para producir. En la escuela aprende a dominarse. Con el 7º año aparece el paso de la tensión activa. Con el 9º la conciencia del deber, el conocimientos de que los mandatos y las prohibiciones son razonables. Entre los 10-13 se presenta especialmente ardiente el deseo de saber (14). Entre los 15-16 viene uno de los períodos de más marcada oposición; el niño quiere hacer su voluntad a todo precio. Es muy importante la actuación de los padres y educadores en esta época en que el niño descubre el yo. Si logra encauzar bien estos deseos de libertad, habrán dado a la religión y a la patria hombres de valer; verdaderas personas en el sentido técnico de la palabra (15).

V - Educar la voluntad

Es dirigir su desarrollo a fin de hacerla útil para los más elevados fines sociales y morales. Hay que formarla, sobre todo, fuerte y enérgica contra las dificultades e inclinarla a la conquista de las buenas costumbres y de los hábitos virtuosos. Aristóteles acentúa la formación directa de la voluntad haciendo hincapié en el ejercicio; pero recomienda también que se utilicen otros medios; las buenas ideas, las emociones, conmoción de afectos; así, se ha de implantar e introducir primero la acción, pero hay que afianzarla por medio del ejercicio (16). El Padre Ruiz Amado dice: "Modernamente se habla de la educación de la voluntad. Ciertamente, ésta puede educarse proveyéndola de buenos hábitos morales virtuosos. Esto es cabalmente el objeto de la educación moral la cual es cultivo de la voluntad y de las potencias que la auxilian en la constante práctica del bien humano" (17), mediante el auxilio de la gracia.

"La antigua pedagogía ponía el valor principal en someter el capricho de la voluntad. La orientación opuesta consiste en querer hacer solamente el trabajo agradable; en transformar toda actividad en juego; más esto no es preparación para la vida real" (18).

14) — Fröbes. O. C. Pág. 443.

15) — Don Nicolás Gaviria dice en "Filosofía de la Educación": "En el concepto de la persona entra el de *ser viviente* y también el de *espíritu*. Por eso, los griegos la consideraron como la *posesión consciente* de sí mismo: tiene conciencia de su actividad, de su trascendencia moral y de su misión extracósmica. Al conocer lo que posee como propio se distingue de las otras, lo mismo que al *disponer libremente* de lo que tiene en su capacidad de dar".

16) — Fröbes. O. C. - Pág. 444.

17) — Enciclopedia Manual de Pedagogía y Ciencias Auxiliares. - P. Ruiz Amado, S. J. - Lib. Rgsa. - Barcelona. - 1924. Pág. 810.

18) — Fröbes. O. C. Pág. 444.

La fuerza de la voluntad se obtiene principalmente con pequeños vencimientos: negación de lo agradable, tolerancia de incomodidades, de caracteres desagradables, levantarnos a hora prefijada y constante. La puntualidad es uno de los ejercicios mejores para formar la voluntad. Quien se acostumbra a vencerse en casos difíciles, llega, pese a sus defectos, a hacerse más perfecto que los que por la naturaleza son buenos.

Los antiguos expresaron otro modo de fortalecer la voluntad en estas palabras: "Haz lo que haces". Es increíble el buen resultado de esta práctica. Juan de Witt, jefe supremo de la antigua república de Holanda en los tiempos de Luis XIV, dirigía todos los negocios de la república y encontraba, sin embargo, tiempo disponible para **alternar** en sociedad y asistir a los banquetes. Preguntado cómo podía encontrar tiempo para resolver tan múltiples asuntos y para divertirse: "Nada tan fácil, respondió; todo se reduce a no hacer dos cosas a un mismo tiempo y a no dejar nunca para el día siguiente lo que puede hacerse el mismo día" (19). Fortalece muchísimo mejor y más la voluntad el acto cotidiano cumplido a pesar de la rutina y siempre con bastante perfección, que aquellos empujes tremendos esporádicos, hijos más bien de un arranque temperamental que de una fortaleza adquirida. Los actos repetidos forman los hábitos; de ellos se valen los colegios bien organizados y las Comunidades Religiosas para alcanzar la perfección de sus miembros. "La disciplina provoca los actos precisando el término y estimulando la repetición de ellos hasta crear disposiciones firmes de obrar constantemente, más fácilmente. El conjunto de estos hábitos armónicos con el fin y directores supremos de la vida, constituyen el **carácter**, estructura personal del individuo y meta por alcanzar en toda educación legítima" (20).

VI - El ideal de la educación de la voluntad

Bernardo Gentillini dice: "La parte íntima y esencial de la educación moral es la educación de la voluntad" (21). Está de acuerdo con Fröbes y con Förster en opinar que la influencia religiosa es el factor de esta potencia. El célebre pedagogo suizo Förster dijo: "Nadie puede educar si antes no asienta el pie en terreno firme. Sólo un faro elevado sobre una alta torre, fundado sobre roca inmovible puede orientar en todas las tempestades de la vida y de las pasiones. El **subjetivismo** no es más que la lamparilla de petróleo que cada uno lleva consigo" (22). El faro es la religión católica.

19) — La Educación de la Voluntad. - Payot. O. C. - Pág. 176.

20) — P. Pedro Nel Martínez; Discurso sobre el *Ideal de la Educación*, pronunciado en el Seminario Mayor de Medellín. 1955.

21) — Manual del Educador. O. C. Pág. 58.

22) — Manual del Educador. O. C. Pág. 60.

“Una educación verdaderamente varonil debe dar a la voluntad estas tres cosas: libertad, rectitud inflexible y fuerza fecunda” (23). Estas cualidades no se adquieren de un día para otro, pero se van haciendo habituales con el ejercicio. El adquirir fortaleza de voluntad, rectitud, noble independencia, es negocio que depende únicamente de la voluntad de Dios y de la nuestra. Sin la divina nada podemos, pero el concurso nuestro es necesario. Por eso decía San Agustín: “El que te creó sin ti no te salvará sin ti” (24).

“Educar es en función del ideal. Por eso, en la educación, lo que garantiza el éxito, dice Hovre, no son los métodos hábiles y refinados, sino los fines clara y firmemente establecidos. El ideal del hombre es Cristo. Encarnar a Dios en su vida. Para este fin la disciplina coopera con la gracia como medio. El fin debe proporcionarse al fin y al sujeto. Porque el fin es Dios, sobrenatural ha de ser el medio; y además racional, con cara de bien y ofrecimiento libre, porque el sujeto es el hombre. Este, como todo ser, se desarrolla y tiende actualizando sus potencias” (25).

Las ideas religiosas y morales, cuanto más profundamente arraigadas, tanto más influjo tienen en el desarrollo de la voluntad. Espírago dice: “Como base de nuestra obligación al cumplimiento de los preceptos se ha de poner la Voluntad de Dios” (26). Y más adelante continúa: “Es un funesto error descuidar estos motivos; el amor de Dios, la consideración de su infinita bondad, la hermosura de las virtudes, la fealdad del pecado, etc. bajo el falso pretexto de que el niño no está en disposición de apreciarlos y de que sólo se mueve por premios y castigos. La voluntad libre necesita razones para determinarse en un sentido o en otro. Todos somos inclinados a buscar nuestro interés: en las cosas que nos exigen algún sacrificio o abnegación nos preguntamos: ¿Qué voy a ganar con ésto? La religión cristiana no nos deja olvidar que tratamos con seres en cuya alma mora el Espíritu Santo con las virtudes infusas de la fe, esperanza y caridad, y que su sentido de belleza moral, aún no embotada por el contacto con la maldad, debe aprovecharse para formar ideales éticos que duren para toda la vida” (27).

“El cristiano se desenvuelve por principios que están sobre él hasta la plenitud descrita por San Pablo: “Vivo ego, iam non ego; vivit vero in me Christus” (28). Psicólogos modernos hablan de un su-

23) — Manual del Educador. O. C. Pág. 60.

24) — San Agustín.

25) — P. Pedro Nel Martínez. O. C.

26) — La Educación Religiosa. - P. Ruiz Amado. - Gustavo Gili, editor. Barcelona. - 1920. - Pág. 260.

27) — La Educación Religiosa. - P. Ruiz Amado. - Gustavo Gili, editor. Barcelona. - 1920. - Págs. 260 y 261.

28) — San Pablo. Gál. II, 20. Discurso citado del P. Pedro Nel Martínez.

per yo moral que redime al “yo” de los instintos y le permite realizar los auténticos valores de la especie. El “super-ego” del cristiano es **Cristo**, plenitud del hombre sublimado y de Dios “corporaliter”. Sólo en El alcanzamos edad madura. El es la vida y centro de los seres, blanco universal de todas las miradas, realización de todos los anhelos, síntesis de todos los valores: el ideal humano y el divino. “**Falta de ideal**” es la crisis de la pedagogía moderna, dicen insignes pedagogos y claman por el retorno “a los ideales que fueron el alma de las épocas clásicas”. El nuestro es el de hoy, de ayer y de siempre; es el de Dios: **Jesucristo** (29).

VII - Como llegar al ideal

“La voluntad divina **no puede** santificarnos sin exigirnos algún sacrificio, dice Tanquerey, por eso, continúa él mismo, retrocedemos muchas veces ante el trabajo que esto nos cuesta, y preferimos nuestros gustos y antojos a la voluntad santísima de Dios ” (30). Si queremos no impedir su acción debemos educar la voluntad propia. Esta educación es necesaria; para lograrla, debemos remover obstáculos y emplear medios positivos. Los principales obstáculos, según Tanquerey, son: a) **Interiores**: 1º **la reflexión**; 2º **el apresuramiento febril**; 3º **el titubear**; 4º **el temor al fracaso**. Y b) **Exteriores**: los cuales son: 1º **el respeto humano**; 2º **los malos ejemplos**.

En cuanto a los **medios positivos**, “consisten en ordenar deliberadamente la obra del **entendimiento**, la de la **voluntad**, y la de la **gracia**” (31). Al entendimiento le toca tener ideas claras y arraigadas que determinen la voluntad a elegir lo más conforme con la de Dios. Estas ideas hondamente arraigadas obrarán sobre la voluntad, la que, por su parte, habrá de obrar con decisión, firmeza y constancia, todo lo cual se conseguirá con el auxilio de la gracia que Dios no niega a quien la pide con humildad y confianza. Estos eran los sentimientos de San Pablo cuando decía: “Omnia possum in Eo qui me confortat” (32). Tan importante es este buscar nuestra firmeza en Dios, que San Juan de la Cruz no vacila en poner el primero de los mandamientos como idéntico a ello. Así decía a un religioso descalzo dirigido suyo: el que anduviese a buscar suavidad en Dios y se buscase y deleitase en ella, “ya no amaría a Dios puramente, **sobre todas las cosas**, lo cual es poner toda la fuerza de la voluntad en El” (33). San Bernardo no

29) — Ad. Tanquerey. O. C.

30) — P. Pedro Nel Martínez. O. C.

31) — Tanquerey. O. C. Pág. 532.

32) — San Pablo. Epístola a los Filipenses. IV, 13.

33) — San Juan de la Cruz. O. C. Carta 13. Pág. 355.

vacila en afirmar que “sin la propia voluntad no habría infierno” (34). Para que nuestras almas se hagan merecedoras del cielo se necesita que unan su voluntad a la de Dios y “para que la voluntad se someta a Dios es preciso que ame” (35). “Buscar a Dios cuando uno le posee, gozarle cuando le ha encontrado, poner la voluntad al unísono con la suya, tal es la ocupación principal, por no decir la única, de la voluntad. En cuanto a las disposiciones que han de animar nuestra voluntad se resumen en una sola: sumisión, a la de Dios” (36). Así siente Sor M^a Amada de Jesús C. D. de París.

No es extraño que Sor María Amada tenga tan en el alma esta doctrina cuando en su Santa Madre Reformadora hay frases como éstas: “mirad, hijas; ello se ha de cumplir, queramos o no, y se ha de hacer su voluntad, (la de Dios) en el cielo y en la tierra, creedme, tomad mi parecer, y haced de la necesidad virtud” (37). Y luego: “Mirad si quedaréis bien pagadas y si tenéis buen maestro que, como sabe por donde ha de ganar la voluntad de su Padre, enséñanos a cómo y con qué le hemos de servir” (38).

Tenemos que lograr aproximarnos “a costa de grandes esfuerzos y presupuesta la ayuda de la gracia, a la rectitud inicial que la voluntad tenía al salir de las manos creadoras de Dios. No es tarea fácil, ni mucho menos; pero sí una de las más importantes e indispensables para alcanzar la perfección... Recordemos que la **voluntad debe morir a todas las cosas exteriores para lograr su vuelo hacia Dios**, y no solamente de las exteriores que podrían impedirselo; aquí las famosas **nadas** de San Juan de la Cruz; que son la perfección del renunciarse a sí mismo, pedido por Jesucristo en el Evangelio” (39). En efecto; qué mayor desasimiento de la propia voluntad puede concebirse que el que encierran los versos del Santo Reformador del Carmelo?

“Para venir a saberlo todo,
No quieras saber algo en nada.
Para venir a gustarlo todo,
No quieras gustar algo en nada.
Para venir a poseerlo todo,
No quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo,
No quieras ser algo en nada” (40).

34) — N.S.J.S. estudiado en el Santo Evangelio. - Sor M^a Amada, C. D. (No dice la editorial). Edición 3. T. I.

35) — Sor M^a Amada, C. D. - O. C. Pág. 220. Segunda nota.

36) — Sor M^a Amada. C. D. - O. C. Pág. 224.

37) — Santa Teresa de Jesús. C. D. - O. C. - Pág. 345.

38) — Santa Teresa de Jesús. C. D. - O. C. - Pág. 346.

39) — Fray Antonio Royo Marín. O. C.

40) — San Juan de la Cruz. O. C. Pág. 14.

“No intenta San Juan de la Cruz aniquilar las tendencias naturales de nuestra voluntad sustrayéndoles su objeto y dejándolas suspendidas en la nada, sino orientarlas hacia Dios, hacer de Dios el objeto único de ellas, reduciendo así sus fuerzas a la unidad” (41). El desprendimiento real o afectivo de todas las cosas creadas es muy importante y absolutamente indispensable para llegar a la perfección cristiana (42); nótese que la esencia del desprendimiento está en la corriente afectiva de la voluntad más que en la carencia de las cosas creadas. El desprendimiento material ayuda mucho, sin duda ninguna; pero el más importante y necesario es el desprendimiento formal o afectivo que consiste en el desapego real de la voluntad a los objetos exteriores (43).

VIII - La educación de la voluntad, necesaria a todos

Hemos hablado de la educación de la voluntad refiriéndonos preferencialmente a los religiosos, pero esto está muy lejos de significar que no sea necesaria la educación de ella para todos los hombres, cualesquiera que sean su religión, estado, oficio, etc.

Tener dominio de la voluntad propia es tener dominio sobre nosotros y sobre la mayoría de los demás, pues nada subyuga tanto como una persona dominada, dueña de sí, suave, firme, serena, enérgica, emprendedora.

Oigamos a Guibert: “El primer resultado de semejante dominio es la manifestación y el desarrollo de la voluntad. Ha podido afirmarse, con mucha verdad, que apenas existe entre mil hombres sólo uno que sea persona, porque, en efecto, la mayor parte de los hombres, en lugar de tener el alma en sus manos se dejan guiar por influencias exteriores o por las ciegas influencias de su sensibilidad. La verdadera dignidad del hombre, dijo uno, se funda en lo que es y en lo que tiene. Los sin voluntad no son, pues, tales hombres, ya que ni se pertenecen, ni producen, ni adquieren. Por la voluntad se librarán de sus tiranos, serán dueños de sí mismos recobrando la libertad con la cual llegarán a ser personas morales, elevándose así del estado de degradación al de verdadera grandeza. Por qué fue Jesucristo el Salvador de la humanidad aún en lo que dice relación con la vida presente, sino porque enseñó a los hombres el arte de enseñorearse y poseerse? Y como la conquista de sí mismo exige mayor esfuerzo que la conquista de los demás, el desenvolvimiento de la personalidad entraña el poder de acción y el imperio de la influencia sobre los demás hombres. Todo se doblega ante una voluntad firme;... gracias a la perseverancia en el trabajo y a la tenacidad en los proyectos, la naturaleza revela a la voluntad humana sus secretos y sus recursos. Dos inteli-

41) — P. Royo Marín. O. C. Pág. 430.

42) — P. Royo Marín. O. C. Pág. 431.

43) — San Juan de la Cruz. O. C. I. 13,4.

gencias de iguales alcances obtienen frecuentemente muy diferentes resultados según sea la voluntad que las dirige" (44).

IX - Firmeza y terquedad

"Para lograr esta firmeza de voluntad y precabernos contra la inconstancia, conviene formarnos convicciones y no obrar al acaso; la firmeza, si es decidida y constante como la terquedad, tiene en cambio todas las virtudes opuestas a los defectos de aquélla; ésta es sosegada, y, por consiguiente, duradera. La terquedad es indiscreta, injusta, imprudente, no pide consejo ni lo sigue. Dice el P. Jaime Balmes que "la terquedad es sin duda un mal gravísimo, porque nos lleva a despreciar los consejos ajenos, aferrándonos en nuestro dictamen y resoluciones contra las consideraciones de prudencia y justicia. De ella debemos precabernos cuidadosamente, porque teniendo su raíz en el orgullo, es planta que fácilmente se desarrolla. Sin embargo, tal vez podría asegurarse que la terquedad no es tan común ni acarrea tantos males como la inconstancia. Ésta nos incapacita para llevar a cabo las empresas arduas y esteriliza nuestras facultades, dejándolas ociosas o aplicándolas sin cesar a objetos diferentes y no permitiendo que llegue a sazón el fruto de las tareas; ella nos hace retroceder a la vista del primer obstáculo y desfallecer al presentarse un riesgo o fatiga; es ella la que nos pone a merced de todas nuestras pasiones, de todos los sucesos, de todas las personas que nos rodean. Ella nos hace también tercos en el prurito de la mudanza y nos hace desoír los consejos de la justicia, de la prudencia, y hasta de nuestros más caros intereses. Para lograr esta firmeza de voluntad y precavernos contra la inconstancia, conviene formarnos convicciones fijas; prescribimos un sistema de conducta; no obrar al acaso. Es cierto que la variedad de acontecimientos y circunstancias y la escasez de nuestra previsión nos obligan con frecuencia a modificar los planes concebidos, pero esto no impide que podamos formarnos, no autoriza para entregarnos ciegamente al curso de las cosas, y marchar a la ventura" (45). La fuerza de voluntad da valor en el combate y fortaleza en el sufrimiento; triunfa de todas las resistencias y no retrocede ante los obstáculos; no se desalienta con los malos éxitos, no se quebranta con los choques más rudos; ya es fuego abrasador, ya frialdad aterradora, según convenga; es tempestad o serenidad imperturbable; bajo la apariencia de inacción mueve las más fundamentales revoluciones; hace grandes aparatos de movimiento para quedarse firme en sus resoluciones; mientras los más piensan que todo se está cambiando.

La fuerza de voluntad hace de los sabios tontos y de los tontos sabios. Ejemplo de los primeros son los filósofos antiguos de los que se cuenta que pagaban para que se burlaran de ellos y los insultasen en presencia del pueblo; todo por alcanzar el dominio de sí mis-

44) — Guibert. O. C. De las págs. 7, 8 y 9.

45) — P. Jaime Balmes. - El Criterio. O. C. - Págs. 750 y 751.

mos, condición indispensable para que el espíritu adquiriera la sabiduría. Ejemplo de los segundos son el Santo Cura de Ars y San José de Cupertino.

Dice Newman: "Los caminos para influir en la voluntad son las ideas, el sentimiento, y la formación directa de la misma voluntad. Prefieren el primer camino, Platón, Harbart; el camino del sentimiento lo cultivan, por ejemplo, los metodistas. Aristóteles acentúa la formación directa de la misma voluntad haciendo hincapié en el ejercicio; pero recomienda también que se utilicen los otros medios: buenas ideas y emociones" (46).

Todo cuanto hagan los educadores para formar en sus encomendados una voluntad firme, constante y bien dirigida, será bien empleado. Pero nada tan eficaz como el propio esfuerzo personal; la autoeducación; pues que si la voluntad ya está decidida a educarse o a reeducarse según el caso, está adelantada buena parte del camino que conduce al éxito más brillante. Y no es menester que momentos difíciles nos lleguen. Las acciones diarias, triviales, tal vez sean las más adecuadas para formarnos. Lo hemos dicho ya: la puntualidad, la tolerancia de pequeñas molestias provenientes de cosas, de personas y de nosotros mismos; el hacernos fuertes contra los movimientos de la sensibilidad... Goethe se quitó la propensión de los vértigos permaneciendo durante largo tiempo en una torre alta; la sensibilidad de estremecerse al oír la música militar oyéndola muchas veces. Santa Teresita alcanzó grados insospechados en la virtud soportando serenamente la molestia de un pequeño ruido que con el Rosario producía una de sus hermanas.

"Hay que aprender que lo que al impulso ciego parece debilidad, es realmente suprema fortaleza; así, el vencimiento del deseo de venganza" (47), el callar una respuesta picante, el soportar pequeñas injusticias sin defendernos.

X - Estados patológicos de la voluntad

Entre las afecciones de la voluntad citábamos en el capítulo primero la **debilidad**; en los casos más graves llega a coartar el dominio de la voluntad hasta el punto de imposibilitarla para deliberar; otros estados patológicos son:

a) **Las imágenes obsesivas.** El individuo que padece de ellas se da cuenta de que son equivocadas, pero no puede desecharlas definitivamente porque siempre están volviéndole a la imaginación.

b) **Las ideas delirantes.** Son engaños del juicio ocasionados patológicamente e incorregibles, a veces.

46) — Fröbes. O. C. Pág. 444.

47) — Fröbes. O. C. Pág. 444.

c) **Los tics** de los psicasténicos; pequeños movimientos irregulares que en otras circunstancias podrían tener un fin racional.

d) **La depresión.** En ella los motivos son demasiado débiles para decidir la voluntad. Cristo puede robustecer la voluntad deprimida.

e) **Los escrúpulos.**

f) **La terquedad patológica.**

g) **Las fobias**, o temores injustificados. Entre éstas se dan multitud de variedades. Tienen la particularidad de dejar intacta la lucidez intelectual del individuo cuando trata de analizar y comprender lo injustificado de sus temores; y con todo, llegado el momento se declara impotente para reaccionar contra el miedo absurdo (48). Algunas de las diversas fobias son, según el Dr. Antonio Osorio: **Fobofobia**, o miedo de tener miedo. **Antropofobia**, o miedo de las multitudes. **Ereutofobia**, miedo a ruborizarse. **Nictofobia**, o miedo de la noche. **Anemofobia**, o miedo a las corrientes de aire. **Zoofobia**, miedo de los animales. **Tafefobia**, miedo de ser enterrado vivo. **Agorafobia**, miedo a los lugares despoblados. **Claustrofobia**, miedo a los sitios encerrados. **Tanatofobia**, temor exagerado de la muerte. **Pirofobia**, temor al fuego. **Estasofobia**, o miedo a estar en pie. **Ginecofobia**, miedo exagerado a las mujeres, etc.

h) **El capricho**; se diferencia de la duda en que aquélla difícilmente llega a decidirse, mientras que éste toma decisiones rápidas, a veces tercamente sostenidas, irrazonables, mudables fácilmente. Bain dice: "Los déspotas más temidos no son los más crueles sino los más caprichosos" (49).

i) **Las dudas y manías.**

j) **Los trastornos del lenguaje**; (agitación verbal y mutismo).

k) **Las algias.** Dolores que no corresponden a lesión alguna anatómica.

l) **Las dignosias**, o sensación de vaguedad o inestabilidad, en ciertas percepciones.

m) **Trastornos instintivos.** Del sueño, la alimentación, la respiración... (50).

48) — Psicología. Hno. Alfonso Norberto. - Vol. 29. Librería Stella. Bogotá. 1949.

49) — Cita del P. Lapie en "Lógica de la Voluntad". Versión Española. Daniel Jorro, editor. Madrid. 1903. Pág. 158.

50) — La Vassière-Palmés. O. C.

La lista de estas debilidades de la voluntad sería interminable. A éstas podríamos agregar la **inconstancia**, u olvido de los motivos que nos decidieron a hacer algo determinado. También se debe al cansancio en la ejecución de lo propuesto.

XI - Perfeccionamiento de la voluntad. La justicia

La voz justicia significa, “la virtud moral sobrenatural que inclina a la voluntad a dar a cada uno constantemente lo que le es debido estrictamente” (51). Regula nuestros deberes para con el prójimo. Se diferencia de la caridad en que la justicia llega hasta lo estricto, mientras aquélla no reconoce límites en la entrega. Comprende las virtudes de obediencia y religión, que prácticamente se reducen a justicia (52).

El Padre Garrigou Lagrange en “Las Tres Edades de la Vida Interior”, trae un capítulo que intitula: “La Justicia, sus diferentes formas y la educación de la voluntad”. De allí tomo estos apartes e ideas: “Si practicáramos mejor la justicia en sus diversas formas, adelantáramos mucho en la formación de la propia voluntad”. La justicia es, en efecto, muy a propósito para sanar a esta facultad de su egoísmo y amor propio, del mismo modo que la prudencia preserva de la inconsideración a la inteligencia.

En toda voluntad deberían morar las cuatro formas de justicia: conmutativa, distributiva, legal y equitativa.

a) **Justicia conmutativa.** Prohíbe el robo, el fraude, la calumnia, regula los cambios.

b) **Justicia distributiva.** Preside a la repartición, por la autoridad, así de las ventajas como de las cargas de la vida social entre los diversos miembros de la comunidad; esta repartición ha de hacerse en proporción de los méritos, de las necesidades reales y de la importancia de los diversos miembros de la sociedad. La justicia distributiva tiene como defecto opuesto la **aceptación de personas**, que ocurre cuando se prefiere injustamente a uno más que a otro, privando a éste de algo que le es debido.

c) **La justicia legal;** mira inmediatamente por el bien común de la sociedad y hace establecer y observar ciertas leyes y preceptos.

d) **La equidad.** Está por encima de las tres anteriores. Se fija no solamente en la letra sino en el espíritu de las leyes, no sólo de las civiles, sino de todas las que regulan la conducta del cristiano. La equidad nos preserva del farisaísmo, del formulismo jurídico; es la forma más excelente de justicia; se conforma mejor con la sabiduría; es

51) — Tanqueray. O. C. Pág. 668.

52) — Tanqueray. O. C. Pág. 667.

un elevado **buen sentido** que supera aún a la ley escrita. A la equidad se le da igualmente el nombre de epiqueya.

La justicia aleja los obstáculos que se oponen a la paz, como agravios, prejuicios, etc. La paz es directamente obra de la caridad, ya que por su propia naturaleza la caridad engendra la paz. El amor es, en efecto, fuerza unitiva y "la paz es la unión de los corazones y de las voluntades". Así lo dicen Santo Tomás y Su Santidad Pío XI (53).

XII - La obediencia

"El naturalismo pretende que la obediencia debilita la voluntad; la verdad es que la esfuerza grandemente. Cuando no podemos dudar que una orden viene de Dios por intermedio del legítimo superior, tampoco podemos poner en duda que su cumplimiento es posible con la divina gracia, como decía San Agustín: "Dios nunca manda lo imposible; mas nos exhorta a hacer lo que podamos, y a pedirle su gracia para lo que no podemos", por eso decía: "dame, Señor, esfuerzo para cumplir lo que me ordenas, y mándame lo que quieras". "Domine, da quod jubes et jube quod vis" (54). La obediencia es, según Santo Tomás, una virtud moral que hace pronta la voluntad para ejecutar los preceptos del superior.

De los votos religiosos, el que más directamente afecta la voluntad es el de la obediencia. Tanqueray dice: "La obediencia somete no solamente a Dios sino también a las reglas y a los superiores lo que tenemos en mayor estima que es nuestra propia voluntad. Por la obediencia se compromete el religioso a obedecer las órdenes de su legítimo superior en todo lo que se refiere a la observancia de los votos y de las constituciones" (55).

Claro es que tiene sus límites el poder de los superiores; es menester que manden según las reglas, ciñéndose a lo que formal o implícitamente en ellas se encierra: tales son las constituciones; los estatutos legítimamente promulgados para procurar la observancia; las penitencias impuestas para evitar las transgresiones y preservar las recaídas; todo lo que se refiere a la manera de cumplir con sus oficios y a una buena y justa administración (56).

El Comentario de Derecho Conónico de Cance y Arquer dice: "El voto de obediencia es una promesa hecha a Dios en un instituto aprobado, de obedecer las órdenes de los superiores legítimos en todo lo que se refiere a la práctica de los votos y a la observancia de las constituciones. Los superiores son el Sumo Pontífice, el Ordinario del lugar, para los Rgsos. no exentos. (C. 500), los Superiores Mayores y todos los que han recibido de las Constituciones la potestad de man-

53) — II, II. q. 29, a. 3. - Pío XI. "Ubi Arcanum". - Gl. Pág. 110.

54) — Garrigou Lagrange. O. C. - T. 2º Cap. 14.

55) — Tanqueray. O. C. Pág. 253.

56) — Tanqueray. O. C. Pág. 254.

dar. En efecto, el Rso. **por razón del voto** sólo está obligado a obedecer cuando los superiores legítimos mandan, por ejemplo, en virtud de santa obediencia, por precepto formal o bajo pena de excomunión. Pero se requiere, además, que el precepto sea conforme a las reglas y a las constituciones, porque el superior no puede mandar nada que sea **sobre** la regla (por ejemplo actos heroicos no previstos por las constituciones) ni **debajo** de la regla, (por ejemplo cosas vanas o ridículas, como regar un árbol muerto), ni **contrario** a la regla, (por ejemplo destinar a Misiones a los que han de vivir en perpetua soledad). Luego, según parece, la materia próxima del voto de obediencia es el mandato del superior y no la regla" (57).

El comentario anterior se refiere a la **materia del voto** tal como debe entenderse en su sentido más amplio. Pero la perfección de la obediencia no se limita a este grado mínimo de sumisión. San Ignacio de Loyola, el santo de la obediencia, pues que la tuvo como virtud distintiva de la Compañía de Jesús por él fundada, escribió una carta llamada "de la obediencia" en la que resume brevemente la doctrina de la Iglesia referente a esta virtud. Recomienda especialmente a los suyos el espíritu de fe, según el cual "el Superior es Cristo". Recuerda esta verdad básica: "el que manda puede equivocarse; el que obedece, jamás". Recuerda las palabras de la Sagrada Escritura: "Más vale la obediencia que los sacrificios" (58). Dice que la obediencia ha de ser por amor, con prontitud, espontaneidad, alegría, devoción, humildad, sencillez, virilidad, perseverancia y universal. Muy bien dice Tanqueray: "que uniendo la voluntad con Dios unimos con El todas las potencias de nuestra alma". "La obediencia habitual, dice el mismo, establece entre nuestra alma y Dios una especie de comunión espiritual permanente, por la que moramos en El y El en nosotros; porque queremos todo lo que El quiere, y ninguna cosa que El no quiera «unum velle, unum nolle», que en suma es la unión más real, íntima y práctica de todas" (59).

Según San Agustín, la obediencia es la madre y guardiana de todas las demás virtudes. "Obedientia in creatura rationali mater quodam modo est custosque virtutum" (60).

Santo Tomás la confunde con la caridad, porque, como enseña, lo primero que produce es el amor en la unión de voluntades. "In hoc Charitas Dei perfecta est quia amicitia facit idem velle ac nolle" (61). La virtud de la obediencia perfecciona de tal manera al hombre que podemos decir que lo hace superior a sí mismo; San Ignacio de

57) — El Código de Derecho Canónico. - Adriano Cance y Miguel de Arquer. Editorial Litúrgica Española. - T. I. 1934. Pág. 400.

58) — I. Reyes. XV, 22. (Cita de Tanqueray. O. C. Pág. 688).

59) — Tanqueray. O. C. - Pág. 688.

60) — Tanqueray. O. C. - Pág. 688.

61) — Tanqueray. O. C. - Pág. 688.

Loyola escribía a sus Rgsos: "Hermanos carísimos, procurad hacer entera la resignación de vuestras voluntades, ofreced liberalmente la libertad que El os dió, a vuestro Criador y Señor en sus ministros. **Y no os parezca ser poco fruto de vuestro libre albedrío que le podáis enteramente restituir en la obediencia al que os le dió; en lo cual no le perdéis, antes le perfeccionáis, conformando del todo vuestras voluntades con la regla certísima de toda rectitud que es la divina voluntad, cuyo intérprete os es el superior, que en su lugar os gobierna...**" (62).

XIII - La voluntad en Jesucristo

Después de haber hablado de la voluntad en todos los hombres en general y en el religioso especialmente, sólo resta decir algunas cortas palabras de lo que es la facultad ordenadora en **Jesucristo**, nuestro modelo y nuestro ideal. No consideraré a Jesucristo en su voluntad divina; este sublime tema quedaría mejor en un estudio de Sagrada Teología; si en Dios existir es pensar y es amar, nos enseñan los teólogos que este pensamiento divino es persona y se llama Verbo; un Verbo que ama infinita, eterna, perfectísimamente; con un acto simplísimo, y que de la misma manera es amado por el mismo Dios en la persona del divino Padre. Y el amor con que se aman el Padre y el Verbo es tan divino, tan eterno, tan perfecto, tan simple, que es, como Ellos, persona divina; ese amor es el Espíritu Santo. Hablar, pues, de este primer acto de voluntad divina, del acto puro, es algo tan sublime, que apenas la palabra de Dios lo haría dignamente; para el humano esto es inefable; lo único que puede, cuando llega aquí, es contemplar y callar.

De la voluntad humana de Jesucristo bastaría con decir que es perfectísima en todos sus actos y bajo todos los aspectos. Para no enrutarnos por nuevos senderos, miremos solamente el asunto bajo los puntos de vista tocados en la tesis.

La voluntad se inclina a obrar solamente cuando es iluminada por el entendimiento. El entendimiento de Jesucristo, incontaminado por pecado, gozaba de la claridad concedida al hombre en su creación; en El no había lugar a error, ni a duda, ni a engaño. Tampoco la concupiscencia inclinaba su alma perfectísima hacia el mal. Todo en Cristo fue siempre perfectísimo; así pudieron testimoniarlo Dios y los hombres sus contemporáneos. El Padre Celestial rasgó los cielos y dijo a los mortales: "Este es mi hijo muy amado; en El me he complacido, escuchadle" (63). Y los hombres, juzgándole con imparcialidad, decían: "Todo lo ha hecho bien" (64).

62) — San Ignacio de Loyola. Carta de la Obediencia. "Constituciones de la Orden de Nuestra Señora. (Enseñanza)".

63) — San Mateo, XVII, parte del v. 5.

64) — San Marcos, VII, 37.

La voluntad se perfecciona con el ejercicio de las virtudes que llegan a convertirse en hábito. Vimos como virtudes que principalmente fortalecen la voluntad, a la obediencia y la piedad, formas, ambas, de la justicia; y vimos igualmente que la justicia sólo es inferior a la caridad por el grado en que se da a los demás. Aquella le mira como prójimo. Esta como a hermano, como a otro yo. Todas estas virtudes fueron eminentísimas en Jesucristo. El Santo Evangelio está colmado de testimonios en nuestro favor. “Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió y llevar a cabo su obra” (65). “No sabíais que conviene que Yo esté en lo de mi Padre?” (66). “Bajó con ellos y volvió a Nazaret y estaba sujeto a ellos” (67). “Y esta es la voluntad del que me envió: que de todo lo que me dió no pierda nada, sino que lo resucite en el último día, porque ésta es la voluntad de mi Padre, que todo el que vea al Hijo y cree en El tenga vida eterna, y lo resucite Yo en el último día; pues he bajado del cielo, no para hacer mi propia voluntad, sino la voluntad del que me envió” (68). “Padre, si quieres aparta de Mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya” (69). Hablando a los fariseos les decía: “Aunque Yo dé testimonio de Mí mismo, mi testimonio es verídico, porque sé de dónde vine y a dónde voy; mas vosotros no sabéis de donde vengo ni a donde voy; vosotros juzgáis según la carne; Yo no juzgo a nadie; y aunque Yo juzgue, mi juicio es conforme a verdad; porque no soy solo, sino Yo y el Padre que me envió” (70). En la oración sacerdotal decía: “Padre, Yo te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar” (71). Y más adelante: “Yo por amor de ellos me sacrifico a Mí mismo, a fin de que ellos sean santificados en la verdad” (72). Le preguntaron los discípulos sobre la manera de orar, y les contestó: “...venga tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” (73). Volvía Jesús moribundo sus miradas hacia el pasado; y viendo que en todo había cumplido el beneplácito divino, dijo: “Todo está acabado” (74). E inclinando la cabeza, como supremo acto de piedad, del Hijo que ni aún en la muerte duda de su Padre, exclama: “Pa-

65) — San Juan, IV, 33.

66) — San Lucas, II, 49.

67) — San Lucas, II, 51.

68) — San Juan, VI, del 38 al 40.

69) — San Lucas, XXII, 42.

70) — San Juan, VIII, del 14 al 17.

71) — San Juan. XVII, 4.

72) — San Juan, XVII, 19.

73) — San Mateo, VI, 10.

74) — San Juan, XIX, 30.

dre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (75). Las citas anteriores muestran sobradamente la obediencia, la piedad, la caridad de Jesús, especialmente el amor de Dios. De su amor al prójimo el Evangelio entero es una sola prueba: "De manera que las gentes estaban asombradas, viendo hablar a los mudos, ver a los ciegos y andar a los cojos: glorificaban al Dios de Israel" (76), "porque sanaba a muchos, le apretaban de todas partes para tocarle todos los que tenían males" (77). Multiplicó panes para el pueblo que le seguía hambriento de verdad; "y el número de los que comieron fue de 5.000 hombres, sin contar las mujeres ni los niños" (78), en la primera vez; y en la segunda "los que comieron eran 4.000 hombres sin contar las mujeres ni los niños" (79).

En cuanto a la justicia, su delicadeza, perfección, amplitud cuando se necesita obrar sobre la ley escrita, todo, todo es ejemplarizante y perfectísimo. En la justicia conmutativa sabe y enseña que hay que "dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (80); pero en la práctica se olvida de las equivalencias: "cualquiera que diere de beber a uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca, solamente por razón de ser discípulo mío, os doy mi palabra que no perderá su recompensa" (81). Y cuál es esa recompensa? Inútil es dudarlo; la recompensa es Jesús mismo: "Quien a vosotros recibe, a Mí me recibe" (82). La epiqueya en que se autoriza con el ejemplo de David es de una sabiduría desconcertante para los espíritus angostos. "Caminaba Jesús un día sábado por unos sembrados, y sus discípulos tuvieron hambre y empezaron a arrancar espigas y a comérselas... a los fariseos escandalizados por el hecho, respondió: "No habéis oído lo que hizo David, cuando él y los que le acompañaban se vieron acosados de hambre? Cómo entró en la Casa de Dios y comió los panes de la proposición, que no era lícito comer ni a él ni a los suyos sino sólo a los sacerdotes?" (83).

Bástenos ya, si no para satisfacer nuestro deseo de conocer cómo Jesús obraba y obra con la voluntad más perfecta que sea posible concebir, al menos para avivar el santo antojo de conocerlo y amarlo cada vez más y mejor; conocer a Jesucristo es conocer al Divi-

75) — San Lucas, XXIII, del 46.

76) — San Mateo, XV, 31.

77) — San Marcos, III, 10.

78) — San Mateo, XIV, 21.

79) — San Mateo, XV, 38.

80) — San Lucas, XX, 25.

81) — San Mateo, X, 42.

82) — San Mateo, X, 40.

83) — San Mateo, XII, 1, 3 y 4.

no Padre. El se lo dijo a Felipe: “Señor, muéstranos al Padre y esto nos basta. —Felipe, quien me ve a Mí ve también a mi Padre” (84). Si esto lográramos, el objeto de la voluntad estaría plenamente colmado, pues “la vida eterna consiste en conocerte a Tí, solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Tú enviaste” (85). Esta es la bienaventuranza, el sumo bien, y la suma beatitud: Conocer y amar al Padre, por Jesucristo, en el Espíritu Santo. Y esto todo por María, la Madre Inmaculada de Jesús y nuestra.

84) — San Juan, XIV, del 8 y del 9.

85) — San Juan, XVII, 3.